

cia, nada dice ni puede decir, sino que lo dice el Hijo con su Padre, no siendo estas tres divinas personas sino un solo Dios. Y así, no penseis que el Espíritu Santo haya de enseñaros una doctrina diferente á la mia; solo sí os dará un conocimiento mas perfecto de mi misma doctrina, y os manifestará su verdadero sentido. Finalmente, el Espíritu Santo os dará á conocer claramente lo porvenir, añade el Salvador, llenándoos del espíritu de profecía necesario en el nacimiento de la Iglesia que debeis establecer. Todo lo que hará este Espíritu Santo contribuirá á mi gloria, porque es mi espíritu, así como lo es de mi Padre, porque participará de lo que es mio y os lo dará á conocer.

La Epístola es del capítulo I de la del apóstol Santiago.

Carísimos: Todá dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que descende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas. Bien lo sabeis vosotros, hermanos míos muy queridos. Y así sea todo hombre pronto para escuchar; pero detenido en hablar, y refrenado en la ira: porque la ira del hombre no se compadece con la justicia de Dios. Por lo cual dando de mano á toda inmundicia y exceso vicioso, recibid con docilidad la palabra que ha sido ingerida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas.

El Evangelio es del capítulo XVI de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Me voy á aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya: porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros; mas si me voy, os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden á la justicia y en orden al juicio. En orden al pecado; por

cuanto no han creído en mí: respecto á la justicia, porque yo me voy al Padre, y ya no me vereis: y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aun tengo otras muchas cosas que decir: mas por ahora no podeis comprenderlas. Cuando empero venga el espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os pronunciará las venideras. El me glorificará; porque recibirá de lo mio, y os lo anunciará.

MEDITACION.

Del Mundo.

Considera ¿qué es este mundo que se ama hasta el delirio, que se teme con exceso, á quien se sirve con infinitos cuidados, con quien se contemporiza hasta el escrúpulo? Este mundo de que todos se quejan, y que á nadie hace justicia, que no tiene ninguna consideracion al mérito, que llena el universo de descontentos y de infelices, y que no tiene servidor que no sea su esclavo. Este mundo, cuyas máximas ridículas son otras tantas leyes, contrarias regularmente al buen sentido, y opuestas siempre á las máximas del Evangelio. Si el mundo es un fantasma, que no existe sino en nuestra imaginacion; ¿no somos unos locos en sugetarnos á las fantasías de los otros, y en hacernos un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Si el mundo es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos tan duras leyes? ¿de quién ha recibido la autoridad? ¿por qué fatalidad hemos nacido esclavos suyos? Ciertamente que cuando se discurre sin preocupacion, cuando se mira de cerca lo que es el mundo, se indigna uno contra sí mismo, por haber contemporizado tanto con él, y haber sufrido que hiciese burla tanto tiempo de nosotros. Este mundo, que tiene tanto imperio sobre los espíritus y sobre los corazones, no es otra cosa en rigor, que esa turba tumultosa de personas de diferentes caractéres y de distintos gustos, que no acomodándoles las máximas de Jesucristo, no miran sino sus propios intereses; no tienen por regla sino sus pasiones, las honras y los deleites de

esta vida; gentes por lo comun de un corazon doble, maligno, y corrompido: de una ambicion sin limites: que solo se alimentan de quimeras: que no siguen sino sus pasiones, que no se ocupan sino en cien embaucamientos, todos los mas frívolos: gentes que no tienen regularmente otro mérito, que el arte de saber engañar: los mas hábiles entre ellos son los que saben aprovecharse mejor de las desgracias ajenas; y los mas dichosos los que saben disimular mejor las suyas.

Considera qué juicio se debe tener, ó por mejor decir, qué desprecio no se debe hacer de un mundo enemigo declarado de Jesucristo, perseguidor inexorable de su Espíritu; de un mundo tan opuesto á las máximas del Evangelio. Este es, no obstante, aquel ídolo á quien casi desde la cuna se aprende á hacerle votos: éste es aquel fantasma tan terrible á quien se teme tanto irritar: éste es aquel mundo, cuya estimacion, cuyos aplausos se buscan con tanto afan: aquel mundo cuyos juicios, y cuya sensura se temen tanto. ¡Considera como hay hombres que amando tanto la independenciam, reciban voluntariamente la ley de tanta especie de gentes! ¡Pero es posible que unos cristianos instruidos en la escuela de Jesucristo, no arreglen casi toda su conducta, sino segun las máximas de este ridículo y estravagante mundo! Las personas virtuosas que se encuentran en medio de este pais enemigo, son por lo comun bastante cobardes y flojas, para que no se avergüenzen del Evangelio; como si en medio de una multitud de enfermos ó de locos debiese un hombre prudente avergonzarse de estar sano, ó de tener el juicio en su lugar. No se atreve una persona á parecer devota en compañia de las que hacen alarde de no serlo. Se temen las bufonadas insulsas, las mordaces zumbas de esos despreciables censores. ¡Es posible que los cristianos teman los juicios inicuos de los libertinos; que teman sus injurias! No es menester sino pensar en lo que pone de tan mal humor contra las gentes de bien á esos miserables críticos, para conocer á qué exceso de estupidez y flaqueza llega el corazon hamano cuando abandona la virtud.

PETICION Y PROPOSITOS.

Libriadme, Señor, de tan lastimoso extravío: hacedme conocer la vanidad de los bienes terrenos, y la demencia del siglo, para que la deteste mi razon. Pero mas que todo esto, dadme un corazon recto, puro, sencillo, amante de la virtud, y desprendido del amor á las criaturas. Solo así seré libre del contagio del mundo, y solo libre del mundo, seré todo de vos.

JACULATORIA.

El mundo no te conoce, Dios mio; librame de él.

LECCION.

Concluye la materia de la precedente.

Tener pasiones vivas, tener medios y facilidad para satisfacerlas, es una tentacion á la que casi todos no pueden resistir. La prosperidad no solo irrita y fortalece nuestras pasiones, sino que tambien nos proporciona medios para lograr sus perniciosos efectos. Si á la buena fortuna acompañan las riquezas, nada es mas favorable para las pasiones: el tener aquellas, casi es decir que se tiene mas facilidad que otros para ofender á Dios. Cuando el pobre es tentado, cuando del fondo de su corrupcion se levantan deseos pervertidos, por lo comun no se encuentra en estado de satisfacerlos: la indigencia le priva de todo lo que el mundo admira: así es que lo que le dificulta el vicio, le facilita la virtud; muy al contrario acontece en el poderoso; á este sus riquezas le facilitan y allanan los caminos de la iniquidad.

Al considerar estos peligros de las riquezas, ¿no deberemos exclamar con el sábio: *Señor, no me deis riquezas, no sea que estando saciado, me vea en la tentacion de desconoceros, y decir: ¿Quién es el Señor?* Por grandes que sean nuestras resoluciones en no separarnos de los mandamientos de Dios, no podremos tan fácilmente responder de ellas si vivimos en medio de la abundancia. No solo es de temer la prosperidad por las

riquezas que la acompañan; lo es tambien por el crédito que ella nos procura: segunda fuente de iniquidad; medio muy apropiado para satisfacer nuestras pasiones.

La abundancia nos da una especie de superioridad sobre los demas hombres: los mas de ellos nos buscan; los unos temen nuestras indignaciones, los otros necesitan nuestro apoyo, los pequeños nos respetan, los grandes nos estiman: así es que mientras el desgraciado y el pobre no puede conseguir sus justos designios, el favorecido de la fortuna logra con suma facilidad sus delinquentes empresas: poco ó nada contento con los muchos bienes, los quiere aumentar á espensas de los agenos: su autoridad le suministra arbitrios, no le faltan testigos falsos, tampoco jueces injustos para perder y despojar al inocente: la venganza le domina: se intenta derribar al que pone obstáculos á su fortuna y trastorna sus injustos deseos, multitud de personas se le ofrecen para vengarle: si quiere retener la hacienda agena y hacerla suya, su crédito es la mayor justicia que embaraza se atienda y oiga la voz del pobre. Dificil cosa es resistir las pasiones cuando se les puede satisfacer impunemente.

El origen de tantas injusticias, de tantas violencias y de tantas opresiones que se cometen todos los dias, no es ciertamente la pobreza, el llanto y la humillacion: la debilidad y miseria de los que sufren estos males los hace muchas veces incapaces de cometer muchos crímenes: ellos no se pueden escapar de la severidad de la ley; así es que no se atreven tan fácilmente á violarla. Mas no así los venturosos del siglo: á estos, innumerables ardides y resortes secretos los libran de aquella severidad, y la impunidad de que hacen alarde les sirve de estímulo para repetir los mayores excesos. ¡Cuántas fortunas no están fundadas sobre la ruina de muchas familias! ¡Cuántas sostenidas y cimentadas por el crimen y la injusticia! pero sus poseedores viven pacíficamente y gozan con la mayor tranquilidad los frutos de sus delitos. Así sucede en esta vida; pero vendrá tiempo en que el Dios de la justicia tome venganza de la sangre del inocente, y justifique su providencia. El crédito, pues, que acompaña á la prosperidad, es una tentacion muy peligrosa: solo los consejos de un buen amigo, po-

drian libertarnos de caer en semejante escollo; pero ¡qué desgracia! esto es lo que no se halla en la prosperidad, aunque son muchos los que se venden por tales, no siendo en realidad sino unos enemigos, tanto mas temibles cuanto mas lisongeros; tercer manantial de injusticias y desórdenes.

De la multitud de amigos, si nos es permitido llamarlos así, que nos rodean en tiempo de prosperidad, no hay uno que nos busque á nosotros mismos; todos ellos son unas almas viles y venales que aman solo nuestra fortuna, que solo cuidan de complacernos y no de corregirnos, estudian sagazmente nuestro humor é inclinacion para engañarnos, no para instruirnos; se acomodan á nuestros caprichos, adulan nuestras pasiones, justifican nuestros vicios, y son, en fin, nuestros amigos en todo género de ardides viles y condescencias criminales: en lugar de sentimientos nobles y elevados, nos inspiran sentimientos bajos y rastreros: procuran alejarnos de la virtud, pues en su interés está el que seamos injustos y viciosos, tanto para cooperar á sus criminales pasiones, como para servir á sus injustos designios. Dificil cosa es preservarnos de sus lazos y artificios, penetrar sus falsas urbanidades y astutas condescendencias, descubrir el secreto resorte que los mueve, y resistir al veneno mortal de su lisonja; sus discursos melifluos insensiblemente se introducen en el alma, y le hacen mortales heridas: á tanto verse uno respetado, llega á creer que tiene cualidades respetables; á tanto oír uno alabar sus vicios, llega á verlos como virtudes: nos conformamos con nuestros errores, nos fortalecemos en nuestras preocupaciones, y el hábito de los aplausos nos hace insensibles á la verdad: las amonestaciones mas saludables, los avisos mas caritativos no sirven sino para exasperarnos: los hombres honestos se retiran de nosotros, y solo se nos unen los lisongeros y corrompidos.

Lo dicho hasta aquí, lector piadoso, es bastante para convencernos de los peligros de la prosperidad. El hombre de fortuna por todas partes tiene lazos, en tentaciones y obstáculos, que al paso que le impiden obrar el bien, le facilitan practicar el mal. Esto no quiere decir precisamente que han de ser infelices en la otra vida los que son dichosos en esta; no,

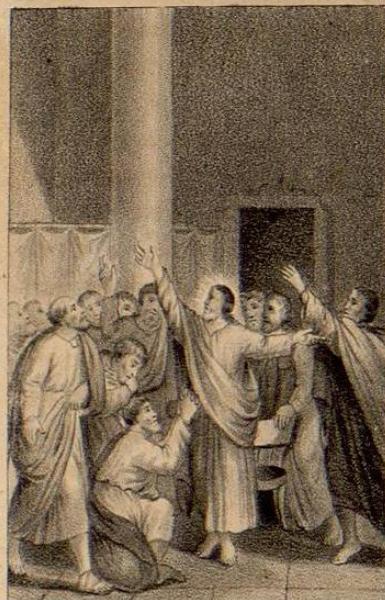
el cielo está abierto para pobres y ricos, para desventurados y venturosos; se puede uno salvar en la prosperidad y en la pobreza. Si hemos hecho ver en estas lecciones los peligros del estado de prosperidad, no ha sido nuestro intento inducir á los ricos á la desesperacion, sino hacerlos mas cautos, vigilantes y circunspectos á vista de los peligros, obstáculos y dificultades que tienen para ser buenos; la consideracion de estos riesgos, lejos de desanimarles en el ejercicio de la virtud, los debe hacer mas fervorosos. Supuesto que su situacion está rodeada de tantos lazos y precipicios, es preciso que sus esfuerzos se aumenten á proporcion de los peligros; que su fé sea mas pura, su caridad mas animada y su santidad mas eminente, gozando de la prosperidad temporal como si no se tuviese. Con una fé viva y clara se conoce la nada y vanidad de los bienes temporales; con una caridad fervorosa está uno dispuesto para sacrificarlos todos á su salvacion: La destruccion de la fortuna, el paso á la indigencia, y por consiguiente al desprecio de los hombres, no se teme cuando se teme solo á Dios.

QUINTO DOMINGO

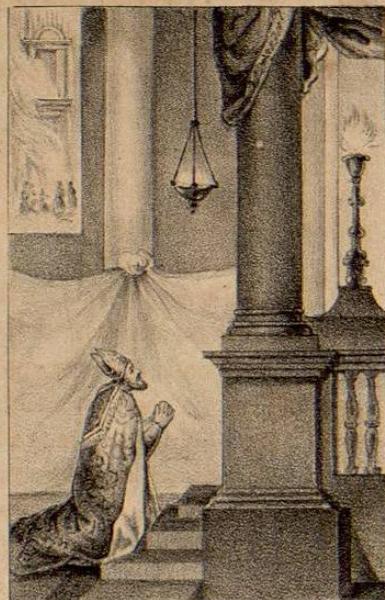
DESPUES DE PASCUA.

Parece que la Iglesia ha querido aprovecharse de la reconcion que Jesucristo hizo á sus apóstoles, cuando habiéndoles dicho que habia llegado el tiempo en que le era preciso dejarlos para volver á su Padre, en lugar de alegrarse de su triunfo, y de la gloria de que iba á tomar posesion en el cielo, se abandonaron á la mas amarga tristeza. La Iglesia gobernada por el Espíritu Santo, entrando en los sentimientos del Hijo de Dios, parece aumentar su gozo, é inspirar á sus hijos sentimientos de una alegría aun mas sensible, conforme se va acercando mas el dia de la gloriosa Ascension del Salvador.

Publicad esta voz de alegría, y oígase en todas partes: anunciadla hasta las estremidades de la tierra. El Señor ha librado á su pueblo, lo ha sacado de la cautividad, y lo ha vuelto



Domingo quinto despues de Pascua



Las Rogaciones.



La Ascension del Señor



Domingo despues de la Ascension.